

## MARIO BRICEÑO IRAGORRY: ¿PARA QUE LA HISTORIA?

Por SONIA GARCÍA

Aun cuando pareciera redundante justificar la elección del tema,\* no está de más subrayar la vigencia del pensamiento de Mario Briceño Iragorry (1897-1958) y, destacar su visión nacionalista entre las distintas perspectivas de su extensa obra. Proviene ésta de tempranas inquietudes. Apenas adolescente —y seguramente influido por el medio familiar— descubre en sí mismo un “impulso de cultivar las letras” (p. XII);\*\* surgen así sus primeras actividades literarias, proyectadas en el ambiente cultural trujillano. En visión autocrítica de su formación intelectual apunta que hubo *deficiencia* en su *preparación, desorden de lecturas, rebeldías ciegas*... “Me faltó método y disciplina” (id) asegura, en señalamiento que también han hecho de sí muchos intelectuales de su generación. Sin afectación, confiesa errores, revisa sus propias concepciones a medida que evoluciona intelectual e ideológicamente. No se concibe como erudito, ni es la suya —dice— una posición esteticista; modestamente, al referirse a sí mismo reconoce “una decidida vocación de trabajo” (p. XIV, y 1.144), empleando una imagen elaborada por quienes lo conocieron. Tras esta espontánea y sencilla presentación se encuentra uno de nuestros escritores contemporáneos más representativos.

Sus iniciales impulsos por las letras se fueron definiendo, y así se desarrolla en él una gran pasión por la Historia. Nace esto de una intuición crítica ante ciertos estudios referidos al pasado colonial del país. Intuitivamente al comienzo, decidida y reiteradamente después, rechaza la concepción que establece una división tajante entre el país independiente y el período colonial. Respondiendo a su motivación primera, emprende una revisión crítica de nuestra Historia; llega a abarcar desde aspectos precolombinos hasta conflictos contemporáneos, en su empeño por explicar nuestra evolución como pueblo. La Historia —señala— es producto de procesos, no de golpes de azar ni de actos mágicos; incita, por tanto, a buscar en ella *valores antiguos que dan continuidad y homogeneidad al proceso social* (p. 574). Siendo la historia un proceso continuo, es imposible sustentar entonces la existencia de rígidas líneas demarcadoras de los distintos momentos que la configuran. Sus investigaciones lo llevan a demostrar que, como intuyó

---

\* Ponencia presentada en el I Simposio de Literatura Trujillana “Mario Briceño Iragorry”.

\*\* Las citas corresponden a *Obras Selectas*, Caracas Edime, 1966. 1151.

inicialmente, resulta insostenible pretender que el país nace apenas en 1810. (Ver "La leyenda dorada", pp. 562-586, entre otros ensayos).

Se halla en esto la génesis de sus trabajos históricos, que le valieron reconocimientos aun en vida. Designado miembro de la Academia Nacional de la Historia —1939—, ocupó también la Dirección del Archivo General de Caracas (entre 1950 y la partida para el exilio, en 1952). Su obra de tema histórico —que mucho debió a su paso por el Archivo— obtuvo también distinciones, como el Premio Municipal de Prosa (1946), por *Casa León y su Tiempo*, y, al año siguiente, el Premio Nacional de Literatura por *El Regente Heredia*. Sus más difundidos textos son también muestra de esas preocupaciones, por ejemplo *Lecturas Venezolanas* (1926) —antología de autores nacionales para niños de primaria—, y el que considera *el más afortunado de sus libros*, *Mensajes sin destino* (1950). Subtitulado "Ensayo sobre nuestra crisis de pueblo" —no *del* pueblo, responde a sus detractores— es un libro escrito en defensa de valores nacionalistas y continentales, como respuesta ante la crisis de nuestro medio. Desea en él transmitir:

"... toda la angustia de nuestro drama de pueblo sin formación interna, enfrentado con la voracidad extranjera" (p. XVII).

Su devoción por la Historia tiene un sentido pedagógico y se muestra inagotable. Tanto sus libros y artículos de prensa como su acción en aulas y en salas de conferencias fueron siempre aprovechados como medio para difundir preocupaciones por el país. Destaca el valor formativo de la Historia —"culto por los valores de la nacionalidad"—, de allí su insistencia en alertar a las nuevas generaciones ya que aquélla debe ser fuente de renovado compromiso, y de esfuerzo permanente por el futuro. Subraya en ella un sentido profundo, sin reales nexos con los tradicionales discursos llenos de trillada emocionalidad, frecuentes entre textos de "historia" que han recibido nuestros escolares y que le dan una falsa imagen de "gloria vana de nuestro pasado" (p. 621). Son textos que parecen más bien colecciones de cuentos —nada originales, por lo demás—, basados en hechos y en personajes brumosos, recreados según los dudosos gustos de cada autor...: Briceño Iragorry señala también las consecuencias de ello:

"En verdad, la Historia no ha realizado entre nosotros su verdadera función de cultura, y el pueblo vive aún en la linde mágica de la liturgia de efemérides". Por esta razón "el país... carece de elementos críticos para sus juicios presentes" (p. 496).

En contraste con esto, insiste en la práctica de la investigación documental y de una sistematización del conocimiento, a fin de transmitirlo en forma fructífera a las jóvenes generaciones. Junto al investigador, señala, es necesaria la presencia del "intérprete que sea capaz de mirar más allá del campo estático de los datos" (p. 538).

Comparte el concepto que tenían los jonios de la historia: éste es un "indagador que conoce y explica la verdad" (pp. 538-539). De allí su insistencia en el valor formativo de la Historia, función de ella, dice:

“...es menester viva la memoria de los valores que sirven de vértebra al edificio social. Su objeto —corroborar— es presentar las formas antiguas como elemento indispensable para el proceso de reelaboración de cultura que corresponde a cada generación” (p. 528).

Y necesariamente —apunta— nuestra proyección hacia el futuro debe partir de lo que somos, en consecuencia resulta indispensable conocernos como pueblo: obviamente *no se puede mejorar lo que no se conoce*. Para los pueblos la Historia equivale a la conciencia de sí mismos. Recalca el escritor la necesidad de indagar en ella para entender su sentido. Hay que verla:

“...más como expresión de una conciencia que busca en sí misma el ímpetu y la forma de realizarse en hechos sociales, que como afanoso inventario de guerreros, de filósofos, de artistas, de mercaderes o de santos que persiguen realizar su destino individual” (p. 527).

Y con ello hace merecida crítica a la enseñanza memorística y anecdótica de la Historia. Piensa que ésta es fuente de conocimiento en su sentido más auténtico:

“...he abogado fervorosamente... (desde una época en que esto no se miró como un problema nacional), por la necesidad de defender las líneas determinantes de nuestra Nación: es decir, los valores sutiles, imponderables que dan fisonomía diferencial a los pueblos. En todos mis trabajos he recalcado el tema de que las naciones se forman por la comunidad de valores geográficos, económicos, históricos y morales” (528).

De su experiencia docente extrae, como vemos, algunos planteamientos relacionados con la enseñanza de la Historia en el país. Critica, por ejemplo, el sentido de posesión personal que algunos investigadores dan a “sus” hallazgos, lo que genera un individualismo estelizirante, y trae como consecuencia serios impedimentos para la formación de escuelas, para la cimentación de un espíritu indagador (535-636). Ironiza la imagen del historiador concebido como “mago, guardador de los secretos del tiempo” (537). Y su crítica al individualismo incluye otro matiz cuando señala que es necesario *afincarse en el resultado de la investigación crítica y no en apreciaciones arbitrarias* (pp. 585-586). En otras palabras, esto constituye una advertencia contra el peligro de repetir y de consagrar errores provenientes de “autoridades” intocables. A tono con la objetividad necesaria el maestro —opina— tiene la obligación de declarar sus tendencias personales ante sus alumnos (p. 562).

Encuentra que en nuestro medio existe una gran devoción por la Historia (p. 617), lo que, relacionado con lo anterior —el individualismo egoísta—, hace sospechar un gran desperdicio de vocaciones y de posibilidades para la creación de escuelas, para la formación de investigadores que aseguren la continuidad de una labor científica. Tal interés por la Historia —como características nuestra—, al carecer de una adecuada orientación, va quedando plasmado en manifestaciones emocionales, en discursos adocenados y en homenajes ramplones...

Fundamento ideal para una labor científica ofrece el trabajo en equipo porque facilita la continuidad, la sistematización didáctica, y permite la orientación

vocacional (ver p. 535). Esto asegura, además el vencimiento de los “grandes obstáculos” que ha encontrado siempre el investigador aislado (p. 536). Y se requiere de “Instrumentos de investigación y de crítica, para el cabal conocimiento de las leyes de nuestro desenvolvimiento de pueblo” (p. 539), objetivo primordial de acuerdo con la visión del escritor. La ausencia de métodos —dice— no sólo toca aspectos interpretativos sino que ha influido también en el tratamiento de registros informativos. Lamentablemente “a las buenas y ricas fuentes documentales” no se les ha aplicado siempre criterios científicos (p. 531). Ha habido, sin embargo en todo esto una evolución positiva.

El siglo XIX introdujo conceptos poco deseables para una interpretación objetiva de nuestra Historia y esto ha sido bastante influyente. Un marcado rechazo ante la época colonial —por razones comprensibles— es uno de ellos. Al prescindir de este período en el estudio de nuestra evolución, la aparición de la República ha quedado envuelta de un cierto sentido mágico, y sus fundadores han adquirido una función providencial:

“Se miró como ley o *fiat* de nuestro proceso de pueblo la lucha por la Independencia, y en ésta como causal y guía el pensamiento de los héroes que condujeron la guerra” (p. 531).

Ubica así Briceño Iragorry el momento y la motivación que originaron esa modalidad interpretativa. La influencia de la idealización fue tal que se llegó a considerar antipatriótico un acercamiento crítico, racional a los hechos y a los hombres de la Independencia.

“Semejante literatura promovió una conciencia *sui generis*, que miró las espuelas de los hombres a caballo como argumento cívico” (p. 532).

Esto ha servido para que generaciones posteriores miraran el pasado en forma estática y los demagogos sacaran provecho de ello, así:

“Nuestros héroes han servido de adormidera cívica para el pueblo engañado” (p. 401).

Como consecuencia de esta visión romántica, exaltada, de los historiadores de la Independencia, se cimentó —sin habérselo ellos propuesto:

“...un criterio de exhaustez en nuestras propias posibilidades de pueblo”... (p. 532).

“Más que una historia crítica —continúa Briceño— se escribió historia política, enderezada a justificar la revolución”... (p. 531).

Algunos cambios de perspectiva introdujo la escuela positivista: cuestionó el romanticismo heroico del siglo XIX y abrió la etapa del revisionismo colonial. Al respecto han surgido posiciones antagónicas:

“Dos tesis, a cual más falsa, han pugnado en la explicación del proceso de nuestra vida de colonia española. La que pondera hasta extremos beatíficos la bondad del español... y la que sólo concede boleta para el infierno a los hombres de la conquista” (p. 562).

Aunque Briceño encuentra “por demás meritoria y orientadora” la aportación positivista, considera que “el carácter de ciertas conclusiones condujo a una apreciación pesimista de nuestra propia vida social” (p. 533). Como ejemplo refiere la interpretación de Vallenilla Lanz, que desembocó “en toda una filosofía del hecho de fuerza como expresión permanente de lo histórico venezolano” (id.).

Esto ha provocado, a su vez, peligrosas derivaciones, por ejemplo la teoría del “gendarmismo” como método de gobernarse la sociedad venezolana” (id.).

Posteriormente otros autores “con disperso criterio dualista, buscaron la explicación del proceso histórico colonial en hechos de cultura más que en fórmulas deterministas” (p. 534).

Apreciables rectificaciones, considera, ha introducido esta corriente y ha suscitado polémicas doctrinarias pero sin alcanzar la *sistematización* necesaria para lograr un enfoque integral (p. id.). Además, tampoco han sido suficientemente investigados algunos aspectos, por ejemplo “los factores humanos” de la conquista.

Propone, para una revisión evolutiva de nuestros estudios históricos, una visión en tres grandes ciclos: 1) El de la Conquista y la Colonia. 2) El de la Independencia o heroico. 3) El científico, que subdivide en varias tendencias (ver. p. 537).

Sus juicios acerca del pasado produjeron polémicas, lo que permite suponer mayor apasionamiento en sus encendidas opiniones sobre el momento que le correspondió vivir:

“...nos hemos aliado individual e inconscientemente con los representantes actuales de las viejas culturas antiespañolas, y hemos perdido, no sólo la plenitud de la soberanía política, sino la integridad de nuestra posición moral” (p. 574).

De estas preocupaciones surge *Mensaje sin destino*, donde desea “apuntar... causas de nuestra crisis, sin aspirar a enunciarlas todas, y menos aun proponerles remedio” (p. 461).

Tampoco pretende en ello manejar verdades absolutas, pero en nuestro medio —afirma— falta el coraje de decir verdades: dirigentes mediocres, demagogos, de verbo chillón se han multiplicado y, valiéndose de la ignorancia del pueblo y de su buena fe, lo han engañado. Corrupción, imprevisión, desperdicio de recursos materiales y humanos han proliferado; ante esto cree necesario señalar los vicios, hasta los más ocultos, a fin de superarlos. En esto se opone a los criterios ejemplarizantes de los historiadores del siglo pasado. Callar los problemas, ocultarlos, es una manera de condescender con la crisis:

“...nuestro empeño de olvidar y de improvisar ha sido la causa primordial de que el país no haya logrado la madurez que reclaman los pueblos para sentirse señores de sí mismos” (p. 460).

Y la improvisación, el engaño, han sido sustentados por los dirigentes del país, por los partidos políticos, cada uno de los cuales —apunta—, se siente lla-

mado a gestar la "segunda independencia" al tomar el poder (p. 490). Así, como resultado de tanta improvisación, nuestros perfiles de pueblo se borran apenas han comenzado a definirse: es "¡ésta la peor de las crisis que sufre nuestro país! (p. 491).

Carecemos de conciencia histórica y es ésta la base de la crisis. Hemos pasado a ser "meros intermediarios de los mismos exploradores de nuestra riqueza" a fin de "complacer nuestra disparatada manía de lo superfluo" (p. 506). Ante esto resulta imprescindible renovar el gesto decidido, hermoso, de Alonso Andrea de Ledesma, en defensa de nuestro patrimonio moral y material:

"...nuevos filibusteros —ladrones de espacio y de conciencias— andan entre las aguas de la Patria, amenazando nuestra economía y ultrajando la dignidad de nuestros colores" (p. 386).

Y, mientras el tan señalado *imperialismo* saca provecho de nuestra situación, el país permanece viviendo de *glorias pasadas*, contemplando un *pasado estático* y "los delitos contra los vivos se expiaron por medio de homenajes a los muertos" (p. 401). El país, que requeriría concebir a sus héroes como símbolos vivos, como "entidades morales que necesitan nuestra energía y nuestra intención de ahora", siembra de estatuas de Bolívar los caminos mientras sus hombres libres son perseguidos:

"...nos valemos del Libertador para cubrir con los resplandores de su gloria lo opaco y menguado de nuestra realidad cívica" (467).

Su actitud valiente no sólo recibió críticas y ataques por los hechos concretos que denunciaba; su posición nacionalista ha sido también manipulada por voces mediocres e interesadas que, para ridiculizarla, la oponen a una concepción universal del hombre. Observa entonces el escritor:

"Mi insistencia en la valoración de lo nacional y de lo regional ha sido parte para que algunos críticos, de buena o mala fe, me hayan presentado como amigo del progreso individual. No caen en la cuenta estos falsos, defensores del orden universalista de la cultura que el nacionalismo no es categoría opuesta al internacionalismo sino al imperialismo" (p. XVII).

Una lúcida defensa de nuestra tradición, de nuestras características como pueblo, de nuestra Historia, "patrimonio moral de la nación" (p. 527) es punto de partida para el logro de un futuro armónico. Aquí aparece un primer problema:

"Se ha hecho tan mal uso de esas palabras, que para la apreciación corriente ha perdido parte de su fuerza simbólica" (p. 603).

Ante esta realidad es necesario rescatar la fuerza original de ellas, aliento vital de la obra de este escritor trujillano. Su pasión por estudiar y divulgar las verdades de nuestro pasado histórico, su visión crítica del presente, su defensa de la nacionalidad, su preocupación por la juventud del país, convierten su obra en inestimable aporte.

Febrero, 1985.